

**José Amícola, *De la forma a la información. Bajtín y Lotman en el debate con el formalismo ruso***

**Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora y Orbis Tertius, Publicación especial de Orbis Tertius N° 2, 1997, 255 págs.**

Las relaciones que la crítica universitaria argentina ha mantenido con la teoría literaria son diversas y heterogéneas, pero puede decirse que de *Contorno* a nuestros días, entre esas variedades: se deja leer una dominante: las teorías en cuanto tales se discuten en el espacio experimental de la clase y pasan al teatro de la escritura crítica menos como debate teórico propiamente dicho que como apropiación críticamente productiva o uso de lectura. Dicho en otros términos, el aporte regional al debate teórico se produce no tanto por la adopción de teorías que reorganicen las lecturas latinoamericanas, sino más bien como efecto de las sucesivas revisiones críticas del corpus latinoamericano a que se entrega la crítica de nuestros países y en las que hace intervenir de modo más o menos heterodoxo, selectivo o descentrado algo que desde las teorías importadas se muestre como estímulo para engendrar problemas y relecturas. En ese sentido, incluso la obra de Ana María Barrenechea podría leerse como paradigma de esa dominante: en el curso de un programa centralmente crítico, se pasa esporádica o intermitentemente a la discusión estrictamente teórica cuando el corpus demanda despejar categorías, presupuestos, o taxonomías cuyo diseño originario ha comenzado a descomponerse por el ejercicio crítico. También, en otros registros, la *operación Raymond Williams* de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo desde la revista *Punto de vista*, o su *Literatura / Sociedad*<sup>1</sup> pueden pensarse como episodios de esa tendencia.

El libro de José Amícola, considerado en forma aislada, parece apartarse de esa dominante por la especificidad teórica de su tema, pero puede verse, mejor, como uno de esos episodios intermitentes que señalábamos antes si se lo considera en el conjunto de los ensayos publicados por el autor.<sup>2</sup> *De la forma a la información* propone una relectura y una revisión de la tradición teórica ruso-soviética, que tras ser discutida aparece rediseñada. En ese sentido, el libro de Amícola aceptaría menos como reticencia que como descripción elogiosa la calificación de historicista, para ver lo cual basta identificar sus propósitos explícitos, esto es, lo que se persigue mediante el relato de “la totalidad del pensamiento no oficializado en la Unión Soviética en su continuidad histórica en relación dialéctica con el pensamiento oficial”. Pues la intención de esta relectura del debate formalista en el marco político y cultural convulsivo en que se desarrolló no es la de “suministrar una historia más del formalismo ruso” sino “realizar una lectura desde la periferia territorial en la década de los noventa, cuando puede entenderse como un *continuum* y como punta de lanza de un tipo de pensamiento riguroso frente al embate cada vez más creciente del irracionalismo. La ironía de semejante papel en la instauración de un “post-postformalismo” —explica José Amícola— se hallaría en que sea justamente esa corriente la que deba salir a defender un resto de la dialéctica del Iluminismo, habiendo integrado ya la postura que durante mucho tiempo había sido considerada su enemigo natural: el marxismo o, con mayor precisión, la crítica de las ideologías” (p. 13). Así, esa mirada histórica, a la vez que descubre sus propias condiciones de posibilidad en un ingreso al debate teórico desde una ubicación regional, lleva a postular que la barbarie stalinista operó no sólo como represión compacta y definitiva sino también como estímulo para una reflexión subterránea que, recuperada, permite descubrir o construir una continuidad que va desde la crisis del pensamiento positivista, pasando por los formalistas rusos, Bajtín y Mukarovsky, hasta Lotman. La construcción de esa continuidad, por otra parte, se nutre de una vasta erudición, reconstruye contextos académicos, filosóficos, literarios, teóricos y sociopolíticos en contacto con la producción y las transformaciones de las teorías y prácticas críticas que se estudian, de modo que adquiere una complejidad capaz de dar cuenta también de acentos y orientaciones divergentes en el interior mismo de una tradición que la reproducción académica ha unificado a veces en la imagen simplificadora de una escuela, o en una temporalidad unilineal de escuelas que se suceden y reemplazan. En relación con ese propósito, la novedad de muchos de los datos, fuentes y bibliografía que el libro presenta le confiere un visible valor informativo y, por tanto, de consulta. Junto con eso, otra circunstancia poco frecuente en la Argentina subraya la importancia del libro como intervención en el debate específicamente teórico: Amícola ha sorteado la mediación de las traducciones, trabajando con las versiones originales rusas.

En su revisión histórica, el libro suele echar mano a las incitaciones teóricas de la sociología del campo literario, para, por ejemplo, agregar a la influencia de Potebnia, de Veselovski y del simbolismo

<sup>1</sup> Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

<sup>2</sup> Especialmente *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, Buenos Aires, Weimar Ediciones, 1981 (reeditado recientemente en B. Viterbo Ed.); y *Manuel Puig y la tela que atrapa al lector*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1992.

como determinaciones de la emergencia de las teorías formalistas propuestas por V. Erlich, la situación polémica que conformaba la convivencia del antisimbolismo acmeísta, el futurismo y el clima revolucionario de la década. Ese campo así revisado le permite a Amícola, por ejemplo, retroceder un paso respecto de “El arte como procedimiento”, convencionalmente considerado como hito inaugural, y proponer una lectura de “La resurrección de la palabra”, un artículo de 1914 en que Shklovski proclamaba la aparición del futurismo. A su vez, la “advertencia hacia las dificultades que presenta el tratamiento del formalismo como si se tratara de un sistema completamente pensado en forma colectiva” sirve para, por ejemplo, postular que el impulso de la teoría bajtiniana del dialogismo está en el particular tratamiento que hacía Boris Eichenbaum del “skaz”, agregando así tanto un argumento novedoso a la tesis de la continuidad como una prueba (y el libro prodiga otras) contra la simplificación de las consideraciones globalizadoras que ignoran la productividad teórica de las disidencias o las resoluciones teóricas divergentes. Particularmente interesante resulta, además, el capítulo dedicado a Tyniánov: por el análisis detallado de sus teorías, por la revisión de un trabajo de Tyniánov poco conocido (“La oda como género oratorio”), y por algunas conexiones que Amícola propone entre el teórico ruso y ciertas zonas de la llamada Estética de la Recepción, lo que a su vez enlaza con la consideración del estructuralismo checo. Allí Amícola subraya de modo convincente la importancia de la reemergencia en Praga de teorizaciones acerca del sujeto, del receptor y de la “intencionalidad del autor”, en parte como consecuencia teórica de una problemática provocada por el formalismo.

Resulta así un nuevo mapa de conjunto con el que se abre el capítulo sobre el círculo de Bajtín: “una red de influencias múltiples” que evite las simplificaciones de la historia lineal de las teorías y permita recuperar, en el interior de las obras más destacadas y leídas, líneas de cruce más o menos sordas con figuras periféricas. Según ese modo de releer, por una parte Amícola desplaza el centro de la obra de Bajtín a la primera versión de su ensayo sobre Dostoievski, la de 1929, que presenta como un texto de “comienzos” (bajo la categoría de Edward Said): Bajtín escenifica allí el doble distanciamiento en que se engendra su sistema, crítica y superación a la vez del formalismo y de las doctrinas sociologistas del reflejo: o dicho en otros términos, “se acerca a su objeto con herramientas que han aguzado los formalistas”, pero “esas herramientas no están puestas aquí para analizar los aspectos formales” (p. 171). Por otra parte, Amícola revisa la teoría de la carnavalización, y —sugiriendo parentescos con conceptos de Benjamin, de Deleuze, de Nietzsche o de Lyotard— puede pensarla en el contexto finisecular de las críticas del sujeto, sin dejar por eso de subrayar los contactos del Bajtín del “dialogismo” y la “polifonía” con la impronta dialéctica del debate marxista que lo rodeaba estrechamente. Luego, el interés de Lotman y la Escuela de Tartu por la carnavalización bajtiniana, el juego y la entropía quedan integrados en una red de esa tradición teórica ruso-soviética que el itinerario de Amícola logra conectar con el pasaje del estructuralismo a la deconstrucción y con la reconsideración posmoderna de la noción de caos. En ese cierre, el lector dispone de los elementos para complejizar una de las hipótesis iniciales: si por una parte Amícola ha demostrado los modos en que, de Shklovski a Lotman, la teoría ruso-soviética conserva por lo menos “un resto de la dialéctica del Iluminismo”, a la vez nos permite advertir cómo tal persistencia no impide la inclusión de aquellas teorías en la biblioteca del debate finisecular donde también se ubican no pocos títulos de una hermenéutica que vuelve por sus fueros.

El libro, que lleva un prólogo de Beatriz Sarlo, se completa con un glosario de terminología rusa usada por los autores citados y, además de la copiosa bibliografía general, una “Bibliografía original de M. M. Bajtín” ordenada en cuatro períodos, y otra (“no exhaustiva”) de Yuri Lotman.

*Miguel Dalmaroni*